
daniel: han pasado seis meses ya...

martín tanaka

Han pasado seis meses ya. El tiempo que parecía detenido se siguió moviendo, como siempre mucho más rápido que nuestra capacidad para asimilar lo sucedido. Pero cuán cercano se siente todo todavía; y cuán imposible de aceptarlo. Todavía me parece que cualquier día de estos me lo voy a cruzar por ahí. Y podremos conversar largo y tendido de tantas cosas, de las más trascendentales a las más triviales, de las más universales a las más íntimas, con el mismo tono, como siempre.

Qué difícil resulta decir algo en esta ocasión. Porque a Daniel, antes que todo, lo siento y lo recuerdo como amigo entrañable; y se trata de una amistad construida sobre afinidad, complicidad, sobre confianzas, que viene de conocerse de tantas maneras, de saberse las heridas, ubicar las cicatrices, saber de los papelones que uno ha hecho y de los que quisiera olvidar. Cada uno de nosotros ha de recordar al flaco de una forma tan personal, tan íntima, que resulta hasta embarazoso recordarlo colectivamente.

Cada uno de nosotros tuvo acceso a una parte de Daniel, a uno o varios de sus tantos rostros. Todavía me sorprende de su variedad: el sociólogo, profesor universitario, investigador, ensayista, pero además el patita de barrio que nunca dejó de serlo, a la vez músico, rockero, compositor, artista; también el hermano, el tío engreidor, el amigo, siempre entrañable para quienes pudieron acercársele. En estos meses he conversado tanto y tantas veces sobre Daniel con tantos amigos comunes, y no dejo de sorprenderme de cuántas y cuán diferentes maneras lo recordamos.

Ahora que estamos juntos un grupo de amigos, contemporáneos, recordando a Daniel, tal vez sea ocasión para pensar un poco en nosotros. Algunos han llamado la atención sobre el hecho de que Daniel es uno de los primeros en partir de nuestra generación. No es el primero, desgraciadamente. Varios de nosotros pasamos ya por el trance de despedirnos de amigos que partieron tan temprana e injustamente. Nos dejan un poco más solos, un poco más huérfanos y desconcertados. Y cuánto necesitamos acompañarnos.

Daniel y muchos de nosotros aquí reunidos pertenecemos a una «generación», si cabe el término, en medio de cambios tremendos, hijos a la vez de la utopía y la decepción. Formados en medio de un cambio de época, sin pertenecer propiamente a ninguna.

Como generación, desde el colegio (el flaco desde el La Salle) y desde la televisión veíamos, sin entender qué era lo que pasaba, la muerte de Velasco, las marchas de los sindicatos, los paros nacionales, a Haya de la Torre asumiendo la presidencia de la Asamblea Constituyente, todo en medio de las canciones de Yola Polastri, las aventuras del Enterprise, Ultramán, la Princesa Caballero, Astroboy, Pasmarote y la Ardilla Voladora, el Sr. Magoo, Estrafalario y los goles de Cubillas. Años después nos enterábamos de Sendero Luminoso, la guerra sucia y de que el mundo era mucho más grande y complicado de lo que hubiéramos imaginado, viendo en la televisión Contacto Directo, Pulso, La Torre de Babel de Mario Vargas Llosa, y el primer programa en televisión de César Hildebrandt.

Entramos a la universidad sin saber gran cosa de nada; todavía recuerdo estupefacto, en medio de la bruma, la imagen de Maritza Garrido Leca bailando en alguna actividad político-cultural organizada por la izquierda. Siendo cachimbo, a mí me parecía increíble conocer a alguien de carne y hueso que osara decir que era de izquierda, más que fuera mujer y mucho más que fuera tan bonita. En esos años la Izquierda Unida se convertía en la gran esperanza de un verdadero cambio social; es también la época en la que el Apra llegaba al poder hablando de antiimperialismo y de revolución social, cuando se suponía que la derecha estaba para siempre muerta y enterrada. Por ese entonces el flaco era miembro de la archicofradía, grupo que no era grupo, que tenía la peculiaridad de mirar las cosas desde fuera, desde abajo, desde el margen. Creo que Daniel siempre mantuvo esa perspectiva, lo que lo hacía terriblemente lúcido pero también desolado.

También somos la generación que cuando se animaba a entrar en serio a la política, tuvo que sufrir el fracaso estrepitoso del gobierno de García, el dogmatismo y la división de la izquierda, el avance del senderismo y del MRTA, el resurgimiento de la derecha... Sucesos nacionales que se expresaron dramáticamente, en nuestras vidas, en carencias, distancias, frustraciones, miedos, renunciaciones, resentimientos, exilios... Así, cuando ese mundo terminó, a lo largo de la década pasada, sentimos el fin de esa época como el fin de nuestra época; pero a la vez sentimos que las derrotas, que también fueron las nuestras, no fueron nuestra responsabilidad: por el contrario, culpamos a los de arriba, a los líderes, a los ideólogos, a las cúpulas, a quienes, a decir verdad, nunca les creímos el cuento del todo.

Por eso Daniel, en el fondo, siempre fue un anarquista, en el sentido más radical y original de la palabra. Buscaba la libertad, la fraternidad, la felicidad, el amor. Era como un extraño militante de esa causa. Por eso al flaco le costó entrar a la izquierda, porque también la percibía como una oligarquía, como un círculo exclusivo, una argolla. Fue parte de un movimiento, pero sin aceptar el principio de autoridad. Siempre fue alguien que estaba y no estaba, casi como una actitud vital. Como generación, tal vez haya algo de eso en todos: meterse, pero sin estar convencido; intentarlo, pero previendo que no podrá ser; sentir siempre que algo falta, estar capturados por la sensación de que lo bueno no podrá durar y que el diablo siempre

encuentra la forma de hacer de las tuyas. Pero a la vez contentos porque nos convencemos de que lo importante no es el resultado, sino la lucha.

Acaso seamos otra generación de tránsito, sin identidad, dispersa. Quizá sean así las cosas desde ahora, la marca de los nuevos tiempos; será que ya no tiene ningún sentido pensar en generaciones. Tal vez seamos un fracaso como generación o será que nuestra hora está todavía por llegar; tal vez también hayamos «claudicado» o será que es tonto plantear las cosas en esos términos, no sé. Sí sé que muchos de nosotros aún no encontramos lo que estamos buscando, como en la canción de U2, y seguimos confundidos, a tientas, a los treintaitantos años...

Algunos se quedaron en un recodo del camino, como nuestro amigo Daniel; otros tratamos de seguir el nuestro sin saber a dónde nos conducen nuestros pasos. Pero con todo, hay mucho que nos une; y de eso nos damos cuenta ahora que recordamos a Daniel, cada quien a su manera, desde donde está. Tengo especialmente presentes a todos aquellos que no están, simplemente porque no viven aquí, todos amigos cercanos del flaco. Amigos que se fueron por la crisis, por la violencia, por la falta de oportunidades o simplemente por las locas ilusiones. San José de Costa Rica, ciudad de México, Oaxaca, Ginebra, Barcelona, Londres, Nueva York, Washington DC, Vanderbilt, California, son solo algunos lugares desde donde muchos amigos muy cercanos lo recuerdan con la misma intensidad que nosotros.

Entonces, resulta que pese a nuestras tantas diferencias, distancias y destinos, hay mucho que nos une, como ahora. Y como ya dije, cuánto necesitamos acompañarnos. Daniel nos seguirá uniendo; y su amistad, su humor, su crítica, su sencillez, su honestidad, su marginalidad, su lucidez, su curiosidad, su búsqueda, nos seguirán cuestionando, retando, estimulando, acompañando. Para siempre. Nos hará mucha falta.

14 de julio de 2000

daniel: han pasado seis meses ya...